

A medida que uno se aproxima a la vejez comienza a cobrar sentido –claro, urgente, amenazador– eso de *viejo verde*. Y se comienza también a apreciar la fuerza sutilmente disuasoria y defensiva del no hacer el ridículo. Ser decorosamente viejo es saber decir cual Jesús, en su debido momento y con las debidas palabras, «se acabó» –*consummatum est*. Tal es el colmo de la sabiduría vital –para el individuo–, y el de la histórica –para las instituciones y culturas.

«Se acabó» –y «entregar su espíritu en manos del Padre», o del generador de la generación siguiente, del mundo naciente o del siglo futuro. Tal es el plan de morir decorosamente y de dar paso a la vida histórica.

Mas eso de «se acabó» y «entregó su vida en manos del Padre» –dichos y hechos explícita y sinceramente, sin reservas ni protestas– se dijo y pasó una vez en la historia de la humanidad. Y lo dijo Jesús, al notar que su Dios lo había abandonado. «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» (Evangelio de San Mateo). Su Dios lo abandonó sin dar razones. Jesús aceptó la razón de la sinrazón; y su aceptación –en el momento y trance en que más falta hacen, al parecer, razones, motivos, consuelos y paños calientes– la formuló en esas tres frases que nadie –particular o institución– ha sido capaz de pronunciar de vez: «Dios mío, Dios mío ¿por qué me has abandonado?»; «Todo se acabó»; «en tus manos, Padre, encomiendo mi espíritu».

Eso es hacer historia. Lo demás son cuentos.

Deshacer o hacer imposible la historia se cifrará, siem-

pre, por el contrario, en no aceptar que nuestro Dios nos haya abandonado –sin razones, sin explicaciones–, por muchas buenas obras que hayamos hecho, y creamos que estamos aún haciendo; por tanto, en no decir «se acabó», y no tener, por ello, que entregar el espíritu en manos del Padre, en las de la Humanidad, que es nuestro padre real de verdad.

Todo esto, dicho y hecho, define al viejo verde en historia. Y desde ese momento, entre los castigos que le caen, uno de ellos, y no el menor será el de hacer el ridículo, ante la Sociedad, la Humanidad y la Historia.

Pero no es cosa sencilla, y menos aún deleitable, saber pasar a la historia o dar paso a la Historia. Hacen falta tres cosas –aludidas ya las tres: a continuación, desarrolladas más por vía de sugerencias que de pruebas.

Dios mío. Dios mío, ¿por qué me has abandonado?

Jesús no supo por qué su Dios –Eli, Eli– lo había abandonado. Allá los señores teólogos –gente convencida de que pueden ellos darnos razón de todo lo que hace o dice Dios, o de que pueden, al menos, responder a todas las objeciones de todos– se devanan los sesos acerca de qué quiso decir Jesús con tan delatoras y crudas palabras: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?».

Claro está que en ningún caso será la respuesta o solución la de aquel sabihondillo jesuita –que se pasó de listo y a quien Dios tenga en la gloria–: Jesús en la cruz, y puesto a morir; recitaba el primer versículo de un salmo de David que comienza justamente con esas palabras: cual si Jesús en la cruz recitara su breviario, con igual sentido y rutina con que debió hacerlo el buen padre, paseando por los jardines, huerta o hacienda de su convento todos los días de su vida, sin sentirse aludido personalmente por lo que recitaba: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?».

Al jesuita en cuanto jesuita no lo abandonaba jamás su Dios. Tampoco la iglesia puede sentirse aludida y recitar con verdad ese versículo. Eso no va para ella. A la Iglesia no puede jamás abandonarla Dios.

A la filosofía no la abandona ni puede abandonarla jamás su dios: la Razón. Al capitalismo no puede abandonarlo su dios: el Dinero, etc.

Sólo a Jesús pudo pasarle –y le pasó eso– que su Dios lo abandonó; y, lo que es el colmo de los colmos, sin dar razón.

Porque sí. ¿Por qué me has abandonado?, pregunta de Jesús a la que su Dios no dio respuesta.

La historia no abandona a sus gerentes y mantenedores porque no tengan ya razones para perdurar. La historia abandona «porque sí». Sin razones, pero con motivos; sin razones especulativas, pero con razones vitales.

Milagro fue la cultura griega, y, puestos a hablar de filosofía, prodigio fue la filosofía griega clásica –prodigio de forma y de fondo. Cultura de dioses buenos y bellos, y para colmo de buenaventura tan discretos que no se entrometían y se empeñaban en salvarnos, y menos aún en condenar a los que no aceptaban tal intromisión. Los dioses griegos dejaban que el hombre fuera hombre –que el ser fuera ser–, sin amasarlo y forzarlo a que fuera criatura, y al que no se amoldara lo amoldaban con infierno eterno, y a todos con predestinación *ante praevisa merita*, y condenación *ante praevisa demerita*.

Mirada la cultura griega desde nuestro belvedere actual, no hubo razones para que su Dios la abandonara. Y nosotros nos resistimos a abandonarla, y por ello le dedicamos largos capítulos en las historias de la filosofía y volúmenes y más volúmenes en las ediciones y reediciones de clásicos. Tan sin razones la abandonó su Dios que sin razones y sin consideraciones, se atrevió un barbarote rubio del Norte, Alejandro de Macedonia, a romper el vaso de la cultura estética, científica, filosófica, religiosa de Grecia. Su aroma se difundió por todo el mundo. Al perfume, barato y repcnete, que resultó de la mezcla con los olores de la cultura semítica y romana, llamamos cultura helenística. Y se acabó la cultura griega, la realidad histórica de Grecia la clásica. Y entró en la Historia, o en el reino de lo que fue, ¡ay!, para no volver, de lo que es aún algo por modo de haberlo sido.

Sin razones abandonó Dios al cristianismo, allá en el Renacimiento. La cultura cristiana medieval formaba un todo coherente –político, social, filosófico, jurídico, económico... Un todo que no olía a un solo y sencillo aroma –cual el griego clásico a cosmos o cosmética: a bondad bella de ver o a belleza atemperada con bondad–, sino resonaba a palabra de Dios, a concierto de revelaciones; y, como todo concierto, era música: sonidos que casi dicen algo, que apuntan a proposiciones, mas no llegan a decir las en razones; y, al oírlo, sucediales a todos los creyentes –gerentes o fieles– y a su mundo, lo de aquellos deliciosos y verdaderísimos versos de San Juan de la Cruz:

*Y déjame muriendo
un no sé qué
que queda balbuciendo.*

Universo con unidad de concierto de música divina, de palabras de su Dios. Concierto sacro. Mundo, como Iglesia; todos, como fieles; razones en culto; todo resonante a palabra de Dios, a teologuemas, sobre todos los temas: de este o del otro mundo. Palabra de Dios, oída, aceptada, adorada, creída. Música celestial.

Todos sabemos cuándo termina un concierto de música sagrada; cuándo se acabó *La Pasión según San Mateo*, por Bach; o la *Missa solemnis* de Beethoven; y nos salimos de tales mundos de palabras cantadas –demostradoras de nada, no demostrables por nada. Y los abandonamos no porque sean algarabía o galimatías. Su maravillosa textura musicológica no es, evidentemente, la razón porque nos salimos. Es porque «se acabó». A Bach y Beethoven se les agotaron los temas, no por mal tratados, sino por «consumados», por llevados a su perfección. No podemos intentar dar razones de por qué abandonamos el concierto; no hay porqué, y no se trata de porqués. Con todos los porqués auestas, «se acabó» la ejecución de la *Missa solemnis* y con el último compás terminó «perfectamente» una coral de Bach o el *Requiem* de Brahms.

Justamente las cosas perfectas son las que se acaban y de las que vale el *consummatum est*; se clausuran sobre sí, nos cierran graciosa y reverentemente las puertas, y nos tenemos que salir; y el salirnos es reconocimiento de que son perfectas y cerradas. ¿Quién te va a repetir una, dos... cien veces seguidas la *Missa solemnis* porque esté perfectamente compuesta y haya sido ejemplarmente dirigida por Toscanini?

Desde el Renacimiento, y van ya sus buenos siglos, la Iglesia cristiana no cesa de preguntarse: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?; ¿por qué me abandonó el mundo de la ciencia, el de la astronomía, el de la ciencia del cielo, para comenzar, el de la economía, sociología, política, el de la filosofía, ya que todos esos mundos, o submundos del Gran Mundo, son de Dios, de mi Dios? No hay razones; por eso Dios no puede responder a tal pregunta. La razón de tal sinrazón no es otra sino que el mundo cristiano medieval se acabó por perfecto; y precisamente por perfecto no hay ya nada más que hacer sino irse a otro mundo, que es lo que hizo la humanidad occidental:

irse al mundo del Renacimiento, al mundo de la Razón, resonante a proposiciones claras, distintas, adecuadas, fecundas en pruebas de todo. En el universo de la razón todo prueba lo que es, todo saca a luz su ser. En el Renacimiento amanece el ser de las cosas, asciende después a cenit, mediodía radiante en esencia, mas declina desde hace cosa de un siglo hacia realidad bruta, brutal y en bruto –a pesada y densa textura, en palabras del viejo Empédocles. Fase final del Renacimiento, contra toda razón de ser y de esencia, y a pesar de los méritos acumulados en filosofía, física, matemáticas, economía, técnica... Sin razón de tal sinrazón. Y ahí estamos, filósofos sobre todo, preguntando a la Razón, a nuestro Dios: ¿por qué nos ha abandonado, y entregado en manos de realismos feroces, de existencialismos desoladores, de materialismos crudos, malolientes a economía, nocherniegos de Dios?

No hay por qué. O el porqué es sumamente sencillo y honorable: la perfección absoluta de la Razón, puesta a ser y llegada a ser, es su «acabóse».

Llegadas a su perfección, tocará perecer a las cosas presentes. Lo dijo el viejo Jenófanes. Se acabaron culturas y mundos griego, cristiano, renacentista. Si sus gestores y mantenedores preguntan a su Dios por qué los ha abandonado, su Dios les responderá: porque sois perfectos. Se acabaron ya la *Flauta mágica*, la *Missa solemnis*, *La Cathédrale engloutie*.

Consummatum est

Jesús se dio la respuesta a la pregunta que él mismo dirigiera a su Dios: «Dios mío. Dios mío, ¿por qué me has abandonado?». Porque «lo hecho por mí: mi vida, mis obras, es perfecto, acabado, clausurado ya sobre sí».

Claro está que si fuera a meterme de cabeza –de hoz y coz, decían los clásicos– en peligrosas y escandalosas historias y teologías tendría que probar que lo perfecto, acabado, clausurado a que se refería Jesús era el cristianismo. Con Jesús y sus discípulos se acababa y llegaba a la perfección: es decir, a su fin y final, después de una vida breve y esplendorosa, cual relámpago religioso que, por unos segundos, iluminó y deslumbró al mundo. Lo que vino después fue otra cosa que ahora llamamos catolicismo, y que, tras naturales fases preparatorias, fundó Constantino el Grande, hacia 325. Religión orientalmente imperial, emprendedora y ostentosa –a veces, pocas, de procedi-

mientos *fortiter in re, suaviter in modo*, otras, las más, *fortiter in re et in modo*. ¿Qué es lo que de cristianismo queda cuando se lo somete a inyecciones de cruzamiento con empresa imperialista romana de apariencias orientales? Respuesta: lo que cumplió a perfección la época que se abre oficial y declaradamente por Constantino y se cierra con los papas del Renacimiento. ¿Qué le quedará de cristianismo al catolicismo si, además de los fermentos de imperialismo romano, ostentación oriental y empresa religiosa, se le inocula y cruza con racionalismo?

Si se tocan a la vez la *Misa del Papa Marcelo* por Palestrina, y el *Deutsches Requiem* de Brahms ¿qué resultará?, un galimatías de palabras y una algarabía de sonidos.

Hay cosas que pueden perdurar siglos y siglos en forma de galimatías y de algarabía. Como en nuestros ya vulgares aparatos de radio, hace falta, en tales casos, un selector que separe y deslinde las ondas.

La historia actual de las religiones, culturas... ha tenido que tomar sobre sí esa faena, e inventar para ella adecuados instrumentos selectivos: deshacer algarabias e híbridos, dar a cada uno lo suyo: su perfección, su consumación. Esto desde aquí, hasta aquí, en el intermedio.

Pasar a la historia es hacerse a sí mismo perfecto. Y declarar que algo ha pasado a la historia es declararlo perfecto. *Consummatum est* no es insulto; es un honor que se le hace.

Lo que no podemos aguantar ahora son las algarabias y los hibridismos; muchos de ellos, cual el de los mulos, magníficamente potentes; todos, infecundos. El primero que formuló en palabras expresas una de las categorías históricas decisivas –pues da paso a la Historia– fue Jesús, al «gritar» (*voce magna*) *Consummatum est*. Perfecto está. Quedar clausurado, por perfecto, es la categoría de definición en historia. Institución, individuo... que no sepa, o no pueda o no quiera, realizarla a tiempo quedará de híbrido; y sus palabras y obras resonarán cada vez más a algarabía y a galimatías.

En tus manos, Padre, encomiendo mi espíritu

Cuando una realidad pasa a la historia –toda una cultura, integrada de religión, arte, economía, filosofía...– no se aniquila. Si pasa bien a la historia, es decir, por perfecta o consumada, podrá entregar su espíritu en manos de su Padre. Su espíritu vuelve al Padre: su cuerpo, a la común madre que es

la tierra. El cuerpo tiene por característica la adscripción a un lugar, que se le hace centro del mundo –cual a ojos vistas nos parece centrado el universo en nuestra tierra, y el horizonte en cada punto de la tierra. Cuando una cultura ha dejado de serse en cuerpo, individual o institucional por haber llegado a perfección y consumación, deja de tener centro en la tierra, pues ya no posee cuerpo. Para el espíritu no hay capitales ni ciudades santas. E inversamente: que algo se esté siendo ya espiritualmente implica la positiva u original negación de colocación privilegiada, la negación de capital, la renegación de ciudad santa.

Pasó a la historia la cultura griega, por perfecta; y su espíritu se encuentra ya por doquier, sin capital, sin centro y sin burócratas de Estado clásico griego. Y la respiramos y percibimos en todo: arte, literatura, religión, ciencia actuales. Ha entrado de componente de la atmósfera cultural humana, y, cual el aire, no tiene capital ni dueño ni burócratas ni Estado que nos lo administren, repartan y se cobren. *Es propiedad social, peculio humano*. ¿A qué más puede aspirar, y qué mejor podemos desear a instituciones: cristianismo, catolicismo, Renacimiento, capitalismo... que a clausurar su curso, cerrar con broche de oro una carrera perfecta, entregar, su espíritu al Padre, a la Sociedad, y su cuerpo a la tierra, sin capitales, sin monopolios, ciudades santas, papas o emperadores, burócratas y curias: todo ello cuerpos extraños ya a su espíritu, desbordados por él, mientras su espíritu está difundido por la atmósfera humana u hombre en la atmósfera que es Sociedad?

Saberse delimitar y definir constituía para Goethe característica del Maestro: *in der Begrenzung, zeigt sich der Meister*.

Por no saberlo, hay tan pocos buenos maestros –en religión, política, economía, filosofía– y hay tantas capillitas –ciudades santas, capitales y monopolios. ¿Es que tienen tan poco espíritu, o creen que el espíritu ha menester de capitales, monopolios, centros, administración, curia, y que, sin ellos, se desvanezca y aniquile?

Jesús, al caer en cuenta de que todo había terminado, por perfecto, encomendó su espíritu en manos del Padre, del Padre nuestro, el que está en los cielos. Dio a su espíritu estado universal, de atmósfera para todos los hombres, sin distinciones y sin centros monopolizadores. Su espíritu es ya nuestro, de la Humanidad. La verdad del cristianismo es la humanidad como sociedad. Toda religión, arte, filosofía, economía... viene al mundo en

individuos, señeros o institucionalizados, y no hay otra manera de venir al mundo: mas no llegan a ser en grande lo que son –religión en grande, filosofía en grande, arte en grande, política en grande...–, si no toman estado social, de atmósfera natural, inmediata y por igual de todos y cada uno de los hombres.

Lo que de una religión, filosofía, arte... –emergidos a través de un individuo o de una institución– adopte y quede en estado social, en estado humano, eso es su espíritu; eso es nuestro espíritu. Religión, filosofía, arte, formas políticas, economía... que pretenda quedarse y perdurar para siempre en un solo individuo o institución, renuncia, primero, a ser perfecta, a definirse; y, en segundo lugar, la humanidad irá viendo en ella, cada vez con más claridad y resalte –y con disimulada rabia de tales individuos o instituciones–, que le salen al rostro los rasgos de viejo verde.

Todos podemos señalar con el dedo, en todos los órdenes –religión, política, filosofía...–, viejos verdes. Como son –en grado variable, mas real, de parentesco– nuestros viejos, avergoncémonos un poco de que nos pongan en ridículo, al ponerse ellos a si mismos, y no seamos crueles en hacérselo notar fuera de cuando resulte absolutamente imprescindible.

El autor ha creído de su deber hacerlo aquí –una vez y no más–, respecto de los demás, que, respecto de si mismo, no será ésta ni la primera ni la última vez que, en estos y otros asuntos, se ponga él mismo a recordarse lo de «viejo verde» y lo del consiguiente «ridículo».